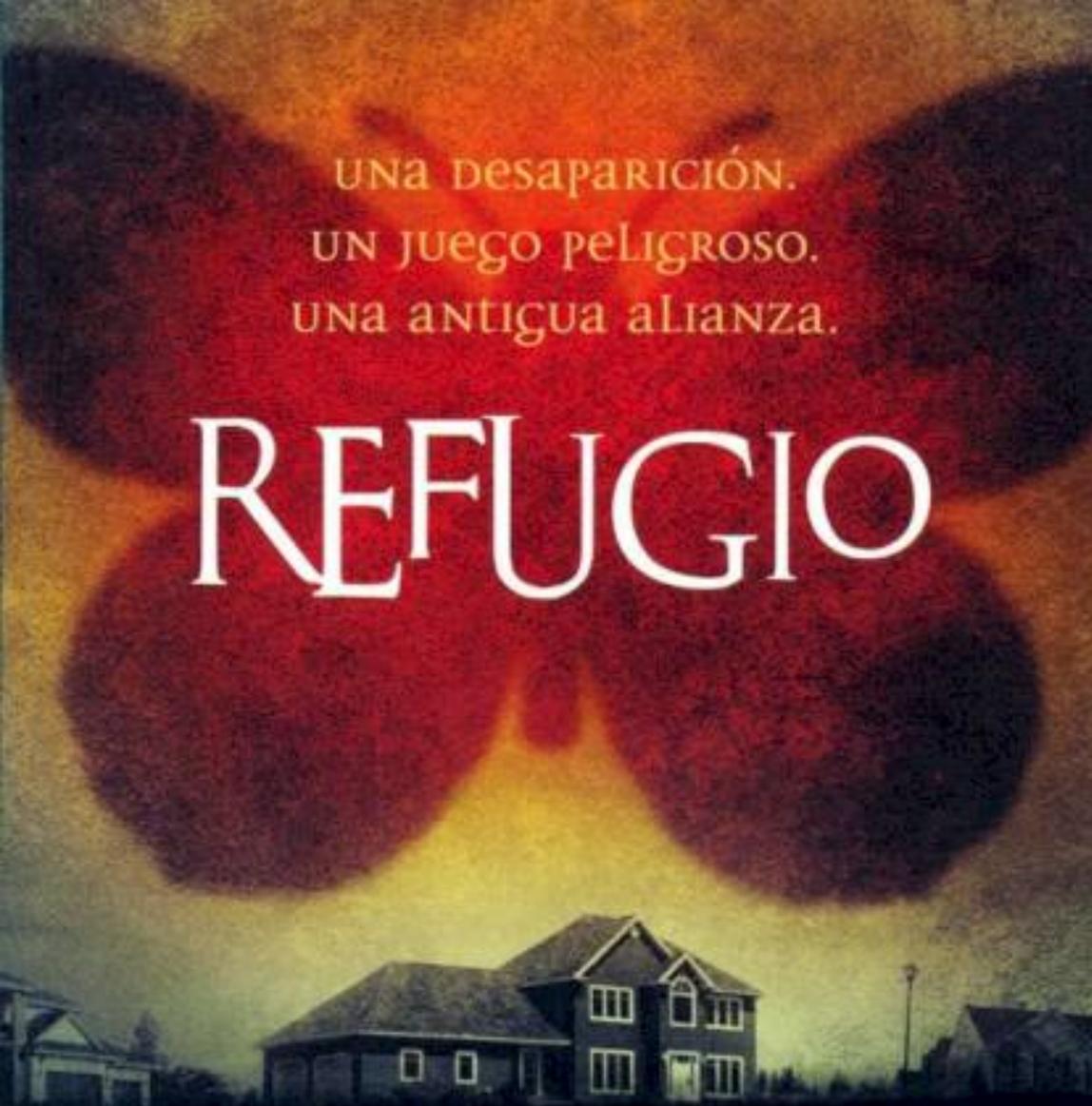


UNA DESAPARICIÓN.
UN JUEGO PELIGROSO.
UNA ANTIGUA ALIANZA.

REFUGIO



HARLAN
COBEN

El año de Mickey Bolitar no puede ir peor. Tras presenciar la muerte de su padre y verse obligado a internar a su madre en una clínica de rehabilitación, ha tenido que mudarse con su tío Myron, al que odia, y marcharse a otro instituto.

Los cambios de colegio conllevan tener que hacer nuevos amigos... y granjearse nuevos enemigos. Por suerte para Mickey, también se ha echado una novia estupenda, Ashley.

Durante unos días, parece que la vida del chico despegaba de nuevo pero, entonces, ella desaparece sin dejar rastro. Mickey sigue el rastro de su chica y acaba adentrándose en un mundo sórdido donde descubre que la muchacha dulce y tímida de la que está enamorado... no es quien decía ser. Y que su padre tampoco era quien él creía.

Para Charlotte, Ben, Willy Eve.

CAPÍTULO UNO

Iba camino del instituto, abstraído, compadeciéndome de mí mismo —mi padre había muerto hace poco, mi madre estaba internada y mi chica había desaparecido— cuando vi a la Murciélago por primera vez.

Ya había oído lo que se decía de ella, claro está. Por lo visto, era una anciana que vivía sola en la casa destartalada que hay en la esquina de Hobart Gap con Pine. Ya sabes a cuál me refiero. Esa frente a la que me encontraba ahora mismo. La pintura, amarilla y vieja, estaba toda desconchada —como un perro mayor al que se le cae el pelo—. La pared de cemento, antaño sólida, estaba cuarteada. Por encima del césped sin cortar sobresalían dientes de león que alcanzaban la altura que debe tener un niño si quiere montar en las atracciones para adultos del parque Six Flags.

Se decía que la Murciélago tenía cien años y que solo salía por la noche. Y si tras el final de algún entrenamiento o partido de la Liga Infantil, algún pobre niño no llegaba a casa antes de que oscureciera —bien porque se había arriesgado a ir andando en vez de hacerlo en coche, bien porque estaba lo suficientemente chalado como para atajar por el jardín de la anciana—, siempre se debía a que la Murciélago lo había atrapado. Aunque no estaba claro lo que te hacía.

Hace muchos años que no desaparecía ningún niño en el pueblo. Los adolescentes como mi novia Ashley, no obstante, lo hacían de un día para otro —por mucho que el día

anterior estuvieran dándote la mano y mirándote a los ojos, haciendo que te palpitase el corazón como si se te fuera a salir del pecho—. Pero ¿los niños? No, ellos están a salvo hasta de la Murciélago.

Así que estaba a punto de cambiar de acera —incluso los adolescentes maduros como yo (que acababa de empezar a cursar segundo curso en un nuevo instituto) preferíamos evitar aquella casa fantasmagórica— cuando la puerta principal empezó a abrirse lentamente acompañada de un chirrido. Me quedé helado. Durante unos instantes no sucedió nada más. La puerta estaba completamente abierta, pero allí no había nadie. Permanecí quieto y expectante.

Puede que parpadeara —no estoy seguro— pero de repente... ahí estaba la Murciélago. Podría tener tanto cien años como doscientos. Desconocía la razón por la que la llamaban así pero, desde luego, no se parecía en nada a uno de esos mamíferos. Tenía el pelo gris y largo hasta la cintura, como el de un *hippy*, y le ondeaba al viento, lo que ocultaba parcialmente su rostro; llevaba un vestido blanco y ajado que parecía un traje de novia de esos que salen en las películas de miedo antiguas o en el videoclip de alguna banda de *heavy metal*; y tenía la espalda curvada como un signo de interrogación.

Poco a poco, levantó la mano —tan pálida que se le veían todas las venas y resultaba más azulada que blanca— y me apuntó con el dedo, tembloroso y huesudo. No dije nada. Siguió señalándome hasta que estuvo segura de que la miraba. Entonces, en su cara arrugada se dibujó una sonrisa que me dio escalofríos.

—¿Mickey? —no tenía ni idea de cómo era posible que supiera mi nombre—. Tu padre no está muerto —me di tal susto que retrocedí un paso—. Está vivito y coleando.

Pero allí, de pie, mientras observaba cómo desaparecía en el interior de su guarida decrepita, sabía a ciencia cierta que lo que me había dicho no era verdad... porque había visto cómo moría.

No obstante, todo aquello era muy raro. Me quedé delante de la casa de la Murciélagos y esperé a que saliera de nuevo. Nada. Me acerqué a la entrada y, como no había timbre, empecé a aporrear la puerta (que se tambaleó ante la arremetida). La madera era tan basta que me rascó los nudillos como una lija y la pintura se descascarilló como si fuera caspa. Pero de la Murciélagos, nada.

Y ahora, ¿qué? ¿Tirar la puerta abajo a patadas? Y luego, ¿qué? ¿Buscar a una anciana con un vestido blanco truculento y exigirle que me explicara por qué había dicho aquella sandez? Quizá hubiera subido al piso de arriba. Quizá se estuviera preparando para un nuevo día en «el mundo de los chiflados» y estuviera a punto de meterse en la ducha... ¡Puaj!

Era mejor que me fuera; no quería llegar tarde al instituto, que el señor Hill, el encargado de anotar las llegadas, era muy tiquismiquis con la puntualidad. Además, tenía la esperanza de que Ashley viniera hoy. Había desaparecido sin más ni más... y quizá apareciera de la misma forma.

Había conocido a Ashley tres semanas antes en las clases de orientación para los alumnos nuevos (como ella y yo, por ejemplo) y para los de primer año; aunque estos últimos ya se conocían porque habían ido al colegio juntos toda la vida (era como si nadie abandonara jamás este pueblo).

La orientación debería consistir en una visita guiada a las aulas y a las instalaciones y, quizá, en que te presentaran a algunos compañeros de curso. Pero no, eso no era suficiente; teníamos que realizar unos ejercicios participativos estúpidos, deshumanizadores e inútiles con la intención de fomentar el espíritu de grupo.

El primero de ellos consistía en la típica prueba de confianza en la que te dejas caer de espaldas y tus compañeros te recogen. La señora Owens, una profesora de gimnasia

con una sonrisa que parecía que se la hubiera pintado un payaso borracho, intentó ponernos las pilas desde el principio:

—¡Buenos días! —su entusiasmo fue recibido solamente con algunos rezongueos, así que hizo eso que tanto odio que hagan los adultos—: ¡Venga, sé que podéis hacerlo mejor! ¡Otra vez! ¡Buenos días!

Esta vez, los estudiantes respondieron «Buenos días» más alto, pero no porque los hubiera motivado, sino porque querían que se callase.

Nos dividió en grupos de seis. El mío estaba compuesto por tres estudiantes de primer año y otros tres de segundo que se acababan de mudar al pueblo.

—¡Uno de vosotros se subirá al pedestal y le vendaremos los ojos! —la señora Owens lo decía todo entre exclamaciones—. ¡Luego, cruzará los brazos y haréis como que el pedestal está en llamas! ¡Oh, no! —y se puso las manos en las mejillas como el niño de *Solo en casa*—. ¡Hace tanto calor que te vas a tener que dejar caer!

Un chico levantó la mano.

—¿Por qué va a permanecer con los brazos cruzados si el pedestal está en llamas? —murmullos de asentimiento.

La sonrisa pintada de la señora Owens no varió lo más mínimo, pero me pareció que le temblaba levemente el ojo derecho.

—¡Tenéis los brazos atados!

—No, no los tenemos.

—¡Pues haced como si los tuvierais!

—Pero, entonces... ¿para qué necesitamos la venda? ¿No podemos hacer como que no vemos?

—O cerrad los ojos.

La profesora luchaba por recuperar el control.

—En el pedestal hace tanto calor debido al fuego que os vais a tirar de espaldas.

—¿De espaldas?

—¿No deberíamos saltar, señora Owens?

—Ya te digo. ¿Por qué nos íbamos a tirar de espaldas? A ver, si hace tanto calor...

La profesora ya se había cansado.

—¡Porque lo digo yo! ¡Os vais a dejar caer de espaldas y punto! ¡El resto del grupo os recogerá! ¡Después, por turnos, os iréis tirando del pedestal hasta que lo hayáis hecho todos!

Y así lo hicimos, aunque algunos éramos reacios. El grupo se estremeció cuando me tocó a mí —mido 1,95 y peso 90 kilos—. Además, en mi grupo había una chica, una de primer año que iba toda de negro, que estaba gorda. Sé que debería usar alguna otra palabra, algo políticamente correcto, pero no sé cuál usar sin resultar condescendiente: ¿«Grande»? ¿«Regordeta»? ¿«Pesada»? Además, la diría sin convencimiento; como cuando dices «pequeño», «huesudo» o «flaco». La chica dudó antes de subir al pedestal. Se oyó una risa en el grupo. Y otra. No sé en qué iba a ayudarle este ejercicio, a menos que el hecho de demostrarle que la crueldad infantil no termina en el instituto se considerase beneficioso.

Como la chica no se tiró a las primeras de cambio, uno de los de primer curso soltó en coña por lo bajo:

—Venga, Ema, que te cogemos.

Como para fiarte. Se quitó la venda y nos miró. Le devolví la mirada y asentí. Finalmente, se dejó caer. Y la cogimos —algunos emitieron quejidos desproporcionados—; pero no me pareció que a raíz de aquello confiara más en sí misma.

A continuación, jugamos a una especie de *paintball* en el que dos personas salieron heridas; y, después, llevamos a cabo un ejercicio que se llamaba —y te aseguro que me gustaría que fuera broma— «La mantequilla de cacahuete envenenada». La prueba consistía en cruzar una zona de diez metros de largo supuestamente cubierta de mantequilla de cacahuete *envenenada* pero con la contrapartida de que, tal y como explicó la señora Owens: «¡Solo hay dos

pares de zapatos antivenenosos!». En resumen, que tenías que transportar a borriquitos a otros compañeros.

Un poco antes habían aparecido un periodista y un fotógrafo del *Star Ledger* y el segundo estaba haciéndonos fotos mientras el primero le hacía preguntas a una resplandeciente señora Owens. Las respuestas de la mujer estaban llenas de palabras como «unidad», «bienvenida» y «confianza». No tengo ni idea de qué tipo de noticia puede salir de algo así, pero quizá estuvieran desesperados por plasmar algo con «interés humano».

Las chicas más delgadas se reían por lo bajo mientras las llevaban de un lado al otro. Ema y yo permanecíamos tras la línea de *mantequilla de cacahuete envenenada*. Noté que la máscara negra se le estaba corriendo por culpa de lo que podrían haber sido lágrimas invisibles. Me preguntaba si el fotógrafo sería capaz de captar eso. Y también noté que, a medida que se acercaba el turno de que la transportaran a través de la *mantequilla de cacahuete envenenada*, la chica temblaba más y más.

Ponte en el caso: es tu primer día en el instituto, eres una chica que pesa unos 90 kilos, te obligan a ponerte pantalones cortos para hacer gimnasia y, a continuación, a realizar una estúpida tarea de grupo que consiste en que tus compañeros te lleven de un lado para el otro como si fueras un barril de cerveza. Lo único que quieres es hacerte una bola... y morir. ¿A quién le parece una buena idea?

La señora Owens se acercó a nuestro equipo.

—¿¡Lista, Emma!?

¿«Ema» (con una «m») o «Emma»? Ahora no sabía cómo se llamaba.

Ema/Emma no dijo nada.

—¡Vamos, chiquilla! ¡Tienes que cruzar la mantequilla de cacahuete envenenada! ¡Tú puedes! —insistió la profesora.

—Señora Owens... —la interrumpí.

Me miró. Su sonrisa no había variado lo más mínimo, pero achinó los ojos.

—Se llamaba usted...

—Mickey Bolitar. Soy uno de los de segundo que se han mudado... y, si no tiene inconveniente, no voy a hacer este ejercicio.

Nuevamente el leve temblor del ojo derecho.

—¿Disculpe?

—Es que no creo que mis compañeros vayan a poder conmigo.

Los demás me miraban como si me estuviese creciendo un tercer brazo en mitad de la frente.

—Señor Bolitar, es usted nuevo —las exclamaciones habían desaparecido— y creo que debería participar.

—¿Es obligatorio?

—¿Disculpe?

—¿Es obligatorio participar en este ejercicio?

—Bueno, obligatorio no es...

—Entonces, no voy a hacerlo —y miré a Ema/Emma—. ¿Me haces compañía? —y nos alejamos.

A mis espaldas, el mundo se había quedado mudo. La profesora hizo sonar su silbato y nos dijo que nos fuéramos a comer, que el ejercicio había terminado.

Cuando nos habíamos alejado unos cuantos metros más, Ema/Emma me soltó:

—Vaya...

—¿Perdona?

—Le has salvado el pellejo a la gorda —dijo mientras me miraba fijamente a los ojos—. Debes de estar orgulloso —sacudió la cabeza y se alejó de mí.

Miré hacia atrás. La señora Owens nos observaba. No había perdido la sonrisa, pero el brillo de su mirada denotaba que me había granjeado un enemigo en mi primer día de clase.

El sol pegaba de lo lindo. Dejé que lo hiciera. Cerré los ojos un instante. Pensé en mi madre y en que pronto saldría de la clínica. Pensé en mi padre, muerto y enterrado. Me sentía muy solo.

La cafetería estaba cerrada (aún faltaban semanas para que empezara el instituto), así que habíamos tenido que traer la comida. Yo me había comprado un bocadillo submarino de pollo picante y muy hecho en el Wilkes Deli y me senté en una colina con hierba desde la que se veía el campo de fútbol americano para comérmelo. Estaba a punto de darle el primer mordisco cuando la vi.

No era mi tipo —aunque, a decir verdad, tampoco tenía un tipo predefinido—. Me he tirado toda la vida viajando por el mundo. Mis padres habían trabajado para una organización benéfica en países como Laos, Perú y Sierra Leona. No tengo hermanos. Cuando era niño me lo pasaba en grande y resultaba emocionante; pero a medida que fui creciendo, se hizo pesado y complicado. Yo quería quedarme en un mismo lugar. Quería hacer amigos y jugar en el equipo de baloncesto y, claro está... quería conocer chicas y hacer cosas de adolescentes. Pero todo eso es muy difícil si estás cruzando Nepal a pata, con una mochila a la espalda.

La chica era muy guapa, sí, pero parecía de esas repipis, remilgadas y pijas. Tenía pinta de creída, pero tampoco sé decir qué me llevaba a pensar así. Tenía el pelo rubísimo, como el de las muñecas de porcelana. Llevaba una falda moderna (pero no de esas tan cortas) y lo que parecían unos calcetines cortos. Daba la impresión de que acabase de salir de un catálogo de Brooks Brothers de mi abuelo.

Mientras le daba un mordisco al bocadillo me di cuenta de que ella no tenía comida. Puede que estuviera haciendo una de esas dietas extrañas pero —no sé por qué— no me lo pareció. Y tampoco sé por qué decidí acercarme, porque no me apetecía ni hablar ni conocer a nadie más. Aún estaba un poco apabullado por haber conocido a tanta gente y no quería incluir a nadie más. Puede que se debiera a que era muy guapa, a que soy tan superficial como el que más o a que los solitarios se atraen entre sí. Quizá lo que me

atrajo de ella fuera ese aspecto que tenía de querer estar sola.

Me aproximé vacilante. Cuando estuve lo suficientemente cerca la saludé con la mano a la altura de la cintura y dije:

—Hola —siempre me presento con frases tan brillantes como esta.

—Hola —respondió tras levantar la cabeza y mirarme con aquellos ojos, verdes como esmeraldas.

Sí, era muy guapa.

Estaba allí parado, de pie, y me sentía incómodo. Me puse rojo. De repente, sentí como si mis manos fueran desproporcionadamente grandes.

—Me llamo Mickey —fue lo segundo que le dije. No me digas que no me lo monto bien, ¿eh? Cada palabra que digo lleva intención.

—Yo soy Ashley Kent.

—Mola.

—... Sí.

Seguramente, en algún lugar de este mundo, ya sea en China o en la India o en una parte remota de África, hay un tío más idiota que yo. Aunque tampoco estoy tan seguro.

Señalé su regazo, vacío.

—¿No has traído nada de comer?

—No, se me ha olvidado.

—¿Quieres la mitad de mi bocadillo? Es enorme.

—Oh, no, gracias.

Pero insistí y me pidió que me sentara con ella. Ashley era otro de los alumnos que se habían mudado y estaban en segundo. Su padre, según me contó, era un cirujano renombrado. Su madre era abogada.

Si la vida fuera una peli, es ahora cuando empezaría a sonar la música; una de esas canciones ñoñas durante la que se alternarían los planos en los que ella y yo compartimos la comida, hablamos, nos reímos, coqueteamos, nos damos la mano... Y la escena acabaría con un beso casto.

Eso fue hace tres semanas.

Entré en clase del señor Hill justo cuando sonaba el timbre. Pasó lista, volvió a sonar el timbre y empezó la primera hora de clase. La clase del profesor que pasaba lista al grupo de Ashley estaba al otro lado del pasillo. Me quedé esperando, pero Ashley tampoco había venido hoy.

Antes he dicho que Ashley era mi novia... pero quizá haya exagerado. Íbamos más bien despacio —creo—. Nos habíamos besado un par de veces, nada más. No me gustaba nadie más del instituto. Pero ella me gustaba mucho. No es que estuviera enamorado —era pronto para decirlo—. Además, los sentimientos como este suelen disminuir; las cosas, como son. Nos gusta pensar que crecen cuanto más conocemos a nuestra pareja; pero la mayoría de las veces es al revés. Los tíos vemos a esa chica tremenda y se nos mete en el cuerpo una sensación que hace que nos cueste respirar y que nos pongamos tan nerviosos y ansiosos que siempre la cagamos. Pero en cuanto la conseguimos, el sentimiento empieza a disminuir casi inmediatamente. En este caso, lo cierto es que lo que sentía por Ashley había ido en aumento. Y eso me daba un poco de miedo.

Entonces, un día llegué a clase y no había venido. La llamé al móvil, pero no contestó. Al día siguiente tampoco vino. Ni al siguiente. No sabía qué hacer. No sabía dónde vivía. Busqué el apellido Kent en Internet, pero no debían de haberse inscrito en el listín. De hecho, en Internet no salía nada sobre ella.

Ashley había desaparecido sin más ni más.

CAPÍTULO DOS

Durante la tercera hora de clase se me ocurrió una idea. Ashley y yo solamente coincidíamos en Historia avanzada, asignatura que impartía la señora Friedman. Hasta el momento, la señora Friedman era mi profesora preferida porque era teatral y entusiasta. Hoy nos hablaba de lo redondas que eran algunas figuras históricas y nos pedía que nos convirtiéramos en «hombres y mujeres del Renacimiento».

Aún no había hablado en privado con ella. Bueno, la verdad es que no había hablado con ninguno de mis profesores fuera de clase. No me estaba relacionando mucho. Pero así era yo. Y sé que me miraban como se mira a los nuevos. Un día, un grupo de chicas no paraba de observarme y reírse tontamente. Una de ellas se acercó y me dijo:

—Oye... esto... ¿me das tu número de móvil? —me pilló por sorpresa y se lo di.

A los cinco minutos volví a oír las risitas y mi teléfono vibró. El mensaje decía: «Mi amiga dice que eres muy mono». No respondí.

Después de clase me acerqué a la señora Friedman.

—Ah, señor Bolitar —me ofreció una sonrisa que le iluminó la cara—. Me alegro de tenerlo en mi asignatura.

—Eh... —no estaba seguro de qué responder—, gracias.

—A su padre no le di clase, pero su tío era uno de mis alumnos preferidos. Se parece usted a él.

Mi tío. El «gran» Myron Bolitar. A mí no me caía bien y estaba cansado de que me dijeran lo molón que era. Mi

padre y mi tío se llevaron muy bien mientras eran chavales pero, luego, tuvieron una gran discusión. En los últimos quince años —prácticamente desde que fui concebido hasta el día en que murió mi padre— no se habían hablado. Sé que debería perdonar a mi tío, pero no me da la gana.

—¿En qué puedo ayudarle? —hay veces en las que los profesores que te tratan de usted suenan condescendientes o hacen que la situación resulte demasiado formal; no obstante, la señora Friedman le daba el tono correcto.

—Como seguramente sabrá —dije despacio—, Ashley Kent lleva unos días sin venir.

—Así es —era una mujer bajita y le suponía un esfuerzo mirarme a los ojos—. Están ustedes muy unidos, ¿verdad?

—No, solo somos amigos.

—Venga, señor Bolitar, puede que sea vieja, pero he visto cómo la mira. Hasta la señorita Caldwell está enfadada porque no le presta usted atención.

Me puse rojo. Rachel Caldwell era, probablemente, la tía más buena del instituto.

—Bueno, da igual —dije arrastrando las palabras—. La cuestión es que estaba pensando en que quizá podría ayudarla.

—¿Ayudarla? ¿Cómo?

—Pues había pensado que podría darme usted sus deberes y... ya sabe... que podría llevárselos.

La señora Friedman había estado limpiando la pizarra mientras yo hablaba. La mayoría de los profesores usaban una pizarra digital, pero a ella le gustaba bromear con que era de la vieja escuela, literalmente.

—¿Se lo ha pedido ella? —dijo mientras me miraba a los ojos.

—Pues... no.

—Así que es iniciativa suya.

Menuda idea tan idiota que había tenido. Aunque me diera los deberes, ¿adónde iba a llevarlos? Ni siquiera sabía dónde vivía.